

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año V—Núm. 96

Administración: Cristóbal Bordón, 1, Madrid

15 de Junio de 1902

## SUMARIO

- Sociología.**—*La cuestión social en el Ateneo de Madrid (continuación)*, por Soledad Gustavo y Federico Urales.  
—*Ideas nuevas*, por Donato Luben.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkine, traducción de Salvochea.
- Ciencia y Arte.**—*La herencia es una ley?*, por Ch. Ribot, traducción de Ricardo Rubio.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónicas de arte y de sociología*, por J. Pérez Torba.

## SOCIOLOGIA

### La cuestión social en el Ateneo de Madrid

(CONTINUACIÓN)

El Sr. Gay decía de los anarquistas el otro día, que no se nos debe considerar utópicos, *pero que defendemos ideas reñidas con la realidad*. Nosotros consideraríamos utopista á todo individuo que defendiera *ideas reñidas con la realidad de nuestras condiciones humanas*, si aceptáramos la posibilidad de que este individuo existiera en estado normal. Es anormal el tipo que defiende ideas inverosímiles, porque la concepción de una inverosimilitud supone un desarreglo cerebral. Pero, en este caso, lo utópico, lo imposible, lo raro y extraño estaría representado por el loco y el enfermo. Si la anarquía tuviera esta condición, sería el producto de una enfermedad aguda, que difícilmente podrían padecer las humanidades enteras. Que la anarquía tiene un proceso histórico y evolutivo, nadie puede negarlo, ó lo pueden negar únicamente aquellos que, á falta de razones, echan mano de la locura para salir de los compromisos que acarrea una discusión razonada. Los anarquistas españoles que pasan de los cuarenta años, son, casi todos, discípulos de Pi y Margall, el primer español que dijo: «Todo poder es tiranía». Pi y Margall era discípulo de Proudhon y de Hegel, y Hegel lo era de Kant. Esto en España; en el extranjero, el primer anarquista que se manifestó completamente emancipado de la preocupación del Estado, fué Bakunin, de la extrema izquierda hegeliana, cuya raíz filosófica parte, también, del gran Kant. Y son innumerables las corrientes filosóficas que tienden á emancipar el individuo del Estado. Spencer es el principal representante de una escuela filosófica que tiene su asiento en las ciencias naturales que se derivan de la gran concepción darwiniana, esto es, la evolución y la selección. Basándose en estas leyes, el filósofo inglés ha sentado la premisa de que en la lucha entre la libertad individual y el poder del Estado, ó entre el individuo y el Estado, éste ha de perecer.

¿Qué somos nosotros los anarquistas militantes? ¿Acaso hemos surgido por generación espontánea en la evolución animal como hombres y en la sociología como defensores de un nuevo ideal social? No; no somos más que los sucesores de aquellos que, siendo par-

tidarios de la libertad individual, y no pudiéndola encontrar ni en las constituciones ni en las democracias, la buscan en la desaparición del poder y de la ley; aspiración humana que ya se hallaba en el primer hombre que se rebeló contra todo dogma político, científico, religioso ó económico. ¿Representa, pues, la anarquía una enfermedad aguda del organismo humano ó de la filosofía social? Que lo afirme quien quiera por pèreza ó por incapacidad intelectual; nosotros no hemos de sentir por él compasión ni odio; afectos que nos deshonrarían á nuestros propios ojos. Nosotros hemos de sentir respeto por todos los enemigos de la anarquía. Así creemos afirmar nuestra razón como libertarios, ante el *excelente* juicio de los que quieren probar nuestra locura con la sátira, el chiste ó la maldición.

\*  
\* \*

Y hemos llegado á lo que el Sr. Vera dijo respecto de la anarquía y de los anarquistas (1). Para poner de manifiesto la inconsistencia de lo que dicho señor adujo contra nuestras ideas, no será menester pasar horas enteras explicando el segundo curso de historia, de geometría ó de física, ni siquiera tener por poco menos que tontos, por filósofos cascados ó por sectarios, á los que no piensen como nosotros en materias sociales. Tampoco llamaremos locos y degenerados á nuestros oyentes, blancos ó negros, para incomodarnos grandemente después, porque alguien nos diga que no tenemos muy bueno el organismo. Pensamos asimismo no abusar de la palabra científico, ni de exposiciones aparatosas, y no ha pasado, ni es fácil que pase por nuestra mente anunciar, á son de bombo y platillo y tono doctoral, que nosotros solos poseemos la certeza absoluta y la verdad, limpia de paja, para concluir no presentando las pruebas de nuestras afirmaciones rimbombantes, ni la certeza de que las teorías que componen el anarquismo son así como un principio matemático, aplicado á las funciones de la vida en todas sus manifestaciones, fuera de dudas y al alcance de las fortunas intelectuales más modestas. Ni orgullosos hasta el punto de creer ignorantes á los que nos escuchan, ni hábiles para llevar á esta contienda cuestiones que no se le relacionan, con el exclusivo objeto de demostrar nuestros conocimientos y nuestra erudición, escudándonos en la modestia aparente de nuestra insuficiencia para explicar en pocas palabras el anarquismo científico, discutiremos sencillamente, serenamente, las proposiciones establecidas por el doctor Vera en contra del anarquismo, dando pruebas de poseer aquella serenidad de espíritu que el señor Vera invocaba *con la palabra*, y que reúnen los convencidos y los que pretenden convencer al adversario más con la sencillez y la serenidad que con el efectismo.

Es una preocupación constante de los socialistas demócratas la de la indisciplina mental. En concepto de aquéllos, indisciplina es sinónimo de incapacidad. Por rebeldes á las formas dogmáticas que presentan los que pudiéramos llamar jefes de partido, somos incapaces mentalmente los anarquistas, y lo son también los republicanos que discuten. Lo raro es que, teniendo este pobre concepto de la independencia individual, el Sr. Vera se lamentara el otro día de que la humanidad necesitase catorce siglos para desechar el error que Galeno expuso sobre la unión de los ventrículos del corazón. Y decía con tal motivo el Sr. Vera: «Cuán pobre de inteligencia es este hombre, que sólo porque Galeno dijo que las dos partes de que se compone el corazón estaban unidas, tuvo por cierta, durante catorce siglos, tamaña herejía científica.»

(1) Las siguientes palabras llegan casi á la categoría de sarcásticas, contra el procedimiento usado por el Sr. Vera para explicar el socialismo científico.

¿Qué es, pues, la disciplina mental sino la sujeción de la inteligencia propia á la palabra de los jefes ó de los sabios? Sin la rebeldía del pensamiento, ¿hubiera alguien dudado de que la tierra no era una superficie plana y de que no estaba inmóvil? Á estas concepciones, rebeldes á todo canon religioso y científico, á toda sanción popular, á toda preocupación humana, se debe el descubrimiento de nuevos mundos y del sistema de Copérnico. Mentalmente pueden nuestros oyentes registrar la historia de la filosofía y de la ciencia. ¿Acaso no las compone el constante batallar de la razón individual contra la razón colectiva? ¿Acaso el progreso, en todas sus manifestaciones, no es una indisciplina constante del pensamiento? ¿Y qué representa Carlos Marx, dentro de la economía política, sino la indisciplina mental? ¿Y qué representa el socialismo, dentro del actual sistema de la propiedad, más que una indisciplina, una rebelión contra el saber de la economía burguesa?

¡Hijos de la revolución constante del espíritu humano, reniegan de ella por el agotamiento de todas sus energías físicas y mentales, y después, para poder presentar á sus propios ojos como excelente condición lo que es un aplanamiento de la inteligencia y un recargo de todo su organismo, hacen borrar de la historia humana las páginas que escribieron con su sangre y sus sufrimientos todos los que se rebelaron contra las verdades consagradas! ¡Hijos de ajena indisciplina mental, han caído en el doctrinarismo que sus maestros combatieron por un endiosamiento propio, que les obliga á considerar á los demás incapaces de dirigirse y de gobernarse! Porque ¿qué significa en labios de un socialista demócrata de la clase de los intelectuales la glorificación de la disciplina intelectual? Significa la sumisión de todo criterio al suyo, que estiman perfecto y superior á todo otro principio.



El *docto socialista* Sr. Vera nos explicó el otro día que en la sociedad futura será menester también el privilegio del saber. Al explicar la función social del individuo, nos trazó un cuadro de productores, en el que vimos peones, capataces, maestros é ingenieros. Nunca creímos que un socialista pudiera pintar la sociedad del porvenir en el lienzo y con la pauta de la sociedad presente y con los mismos defectuosos materiales que usan hoy los defensores del actual régimen económico. Para admitir la existencia de grados entre los productores de la sociedad futura, es preciso considerar más elevada y útil la función del filósofo que la del botánico y agrónomo (que eso será el labrador del porvenir), y un socialista debe reconocer que el labrador, que el que hace producir la tierra, la prepara y abona, es tan útil á la sociedad como el sociólogo. ¿Pero es que habrá simples peones y simples labradores en la sociedad futura? La educación integral, que ya se propaga, y en parte se practica, contesta que no. La corriente de la pedagogía y de la higiene modernas se dirigen á convertir al hombre en un trabajador manual é intelectual á la vez. Precisamente en nuestras humanidades enfermas de intelectualismo es cuando más se pondera la virtud y la necesidad del trabajo manual, y los grandes centros científicos, así como los grandes pedagogos, dedican su actividad á la creación y á la propaganda de escuelas integrales. Independientemente del socialismo, como un recurso para mejorar la condición física de la especie, se preconiza la enseñanza de una profesión manual para las personas que desean estudiar carreras científicas especiales.

Por otra parte, ¿es que los actuales peones, es que los actuales obreros manuales no reúnen condiciones de inteligencia para poder ser ingenieros? ¿Es que, por una exigencia de la naturaleza, en la sociedad futura, habrá quien nazca sin otra misión que la de ser-

vir al técnico, como ahora hay una clase que nace para servir al señor? ¿Es que, por su forma externa, habrá en el socialismo una clase humilde condenada á no gozar de las bellezas del arte y de la ciencia? Recapacítense un poco en este fondo aristocrático, en esta división de clases mentales que llevan los socialistas en su doctrina. Para ello no necesitamos estudiar la condición actual del trabajo; no necesitamos saber que los padres dan á sus hijos el oficio ó la profesión que consideren más ventajosa, sin tener en cuenta ninguna inclinación del niño, y sin poder pensar que quizás en las inteligencias de sus hijos haya el germen de un gran artista ó de un gran sabio; basta con estudiar á los socialistas que se creen intelectuales, para deducir que, según ellos, el esclavo sólo cambiará de forma, porque habrá, como entendían Platón y Aristóteles, quien nazca para ejercer los oficios humildes.

Sólo pensando de esta suerte del criterio ajeno, se puede hablar de categorías en el trabajo, para establecer sobre estas categorías las de la inteligencia, y, sobre las de la inteligencia, las de dirección y de poder. Y se dice: puesto que hay y habrá siempre quien necesita ser dirigido en la construcción de una máquina ó en la explotación de una mina, habrá siempre también quien necesite de la dirección de los más inteligentes y de los más sabios en el orden político.

Estos que así piensan, á pesar de sus pujos de científicos, no saben nada de psicología ni de psiquiatría, y están de las modernas concepciones artísticas y sociales, á igual distancia que Malthus. Si su saber estuviese á la altura de su orgullo, sabrían que el hombre sano, debidamente instruído y educado, es hábil, en grado sumo, en una determinada profesión. Sabrían que el sér completamente inepto, que no sirve para nada, ó que sólo sirve para hacer lo que le indiquen, sólo se da en los enfermos, y que estos enfermos van desapareciendo, á medida que la base social es más humana, que no excita tanto el odio, ni produce tantos dolores, ni la competencia de hombre á hombre es tan despiadada, ni las guerras son tan numerosas y crueles. Sabrían que el idiota, el degenerado, el loco, son un producto del recargo cerebral, nervioso ó físico, y que como la humanidad se dirige al equilibrio de las facultades humanas, por la inclinación de los higienistas y de los pedagogos, á crear el hombre sano, el hombre integral, el hombre entero, ni manual sólo, ni sólo intelectual; sabrían, repetimos, que, siguiendo este camino, ésta ha de llegar en que, si no somos todos igualmente inteligentes para ejercer una misma profesión, seremos todos igualmente útiles en el conjunto de todas las profesiones. La inteligencia individual podrá ser diferente, pero no en grados, no en categoría, sino en aptitud; y esta diferente aptitud no ha de dar ni dará derecho á la creación de sabios é ignorantes, de directores y de dirigidos. El peón, el hombre manual; el sabio, el hombre intelectual, sólo pueden darse en la sociedad presente, donde la diversidad de medios para educarnos produce la división de castas en la esfera del saber. No defendemos la utopía de hacer iguales á los hombres intelectualmente; no defendemos la igualdad de las inteligencias; defendemos la diversidad y la variedad de nuestras condiciones intelectuales, y defendemos, al mismo tiempo, la igualdad de derechos y de grados, en la diversidad de estas condiciones. En una palabra: consideramos que los hombres que gocen de salud, serán igualmente inteligentes en la producción de diferentes obras; consideramos, y para formular tales consideraciones nos valemos de la práctica y del estudio psicológico, que el que en la construcción de un edificio tendrá que hacer las veces de peón, por ejemplo, si es que sean necesarios los peones para construir edificios, en la confección de un libro desempeñará el papel de escritor, y el que en agricultura desempeñará, por su aptitud, la profesión de ingeniero, en arte escultórico preparará el yeso ó el barro.

Este concepto tenemos formado de los hombres los anarquistas, y, porque los creemos igualmente útiles, consideramos anticientífico y antinatural la creación de clases intelectuales en la sociedad futura, con fines sociales y derechos diferentes.

Hemos insistido tanto en este punto, porque el Sr. Vera, de la diversidad de grados intelectuales deduce la necesidad de que haya directores y dirigidos, y de que se obligue á hacer determinadas operaciones. Esta es la relación que dicho señor establece entre el individuo y el medio, entre su condición individual y las necesidades de la colectividad. Porque si varios grados de inteligencia no supone condición para dirigir ú obligar á los demás, ¿dónde fundarían los socialistas autoritarios la necesidad de la ley y la razón de que esta ley estuviese vinculada en los más sabios? Por eso no admiten el principio verdaderamente socialista de que todos los hombres sanos sean igualmente útiles, igualmente sabios, en diferentes órdenes de saber, y necesitan sustentar el prejuicio de las categorías profesionales. Lo notable es que ninguno de los que así piensan deduce de su propio valer que ellos, por sus condiciones intelectuales, deberían ser de la clase inferior, en cuanto á productores, y de los dirigidos, en cuanto á ciudadanos. Para pensar de otra manera, les sería necesario tener en cuenta que el más obtuso é ignorante de los hombres futuros que tenga su cabal juicio, será tan sabio y tan inteligente como ellos lo son hoy.

\* \*

Y expuso el Sr. Vera cosas aún más peregrinas que las precedentes, pues dijo que la ley coercitiva será menester para dar forma á la solidaridad, y que los anarquistas no reconocemos esta solidaridad, puesto que renegamos de la ley que habrá de regularizarla. ¿Qué es la solidaridad? El apoyo mutuo que se prestan varias personas. ¿Será solidaridad si establecemos que este apoyo sea obligatorio, si promulgamos leyes para hacerla efectiva legalmente? De ninguna manera; eso podrá ser el cumplimiento de una ley externa, nunca la solidaridad verdadera, porque ésta es libre, nace de la necesidad interna que sentimos de apoyar á nuestros hermanos, sin mandato ni obligación alguna. Cuando la solidaridad no es así de libre, no es solidaridad. El Sr. Vera dijo, además, que los anarquistas negábamos aquel principio de apoyo mutuo, cuando precisamente en la solidaridad humana se basa nuestro mundo sin leyes. Y no puede dejar de ser así; porque si estimamos que el hombre puede cumplir sus deberes para con los demás, sin ley coercitiva alguna, ¿qué ley moral, interna, de amor, puede suplir con ventaja la acción obligada y represiva de la ley escrita, más que la solidaridad humana? Explícitamente reniegan de la solidaridad los que estiman que el hombre necesita de una represión para que cumpla sus deberes, como reniegan explícitamente de la bondad humana los que no creen capaz al individuo de ser bueno sin el temor de un castigo que ha de ser impuesto en la otra vida.

*(Concluirá el próximo número.)*

SOLEDAD GUSTAVO y FEDERICO URALES.

## IDEAS NUEVAS

### II Y ÚLTIMO

*La ley y el hombre.—El hombre adorador del hombre.—Temores abrigados por la realceza ante la inusitada preponderancia social, alcanzadas por lo señores feudales en la Edad Media; procedimiento que los reyes emplearon para reducir á los nobles y consecuencias que hubo de causar tal procedimiento en el engrandecimiento del pueblo.—Efectos saludables de los fueros.—Los gremios, las cofradías y las hermandades.*

Aunque, en nuestra humilde opinión, la Historia es una gran novela plagada de siniestros horrores y de fabulosas fantasías, no por eso dejamos de consultarla frecuentemente para nutrirnos con la esencia de sus *espirituales* enseñanzas.

La Historia está torpemente escrita, llena de absurdos enormes, plagada de mentiras convencionales. Pero leyendo entre líneas y *espiritualizando la confusa filosofía* de que se halla impregnada; sabiendo, en fin, adivinar cuanto la Historia calla ó no se atreve á puntualizar con la debida exactitud y entereza, ella es la que logra persuadirnos más firmemente de los grandes errores que sirvieron de base á la legalidad imperante sobre que descansan los fundamentos sociales.

La Ley, la Ley escrita, antinatural y opresiva, base del derecho legislativo, norma de la justicia histórica y sostén del orden establecido: la Ley, trabajada por los legisladores al servicio del privilegio, de la explotación y de la tiranía; en una palabra, la Ley que regula para oprimir y prohíbe para esclavizar, la Ley lo es todo en este mundo humano de esclavitud y de miseria. Y mientras la Ley se impone y hace respetar por la fuerza, mientras la Ley domina omnipotente con mundial soberanía, y lo es y lo supone todo para satisfacer así las grandes ambiciones del privilegio, el hombre se consume medio aplastado bajo el peso de la injusticia.

Dícese que las leyes son el amparo social del hombre; pero, ¿dónde está esa acción protectora que se supone emanar de las leyes?

Casi todas las leyes son simples preceptos de corrección, trabas contra la independencia de la individualidad creadas para cohibirnos, castrar nos moralmente y reducirnos á servil obediencia.

Las leyes establecen el privilegio, sosteniendo el derecho de propiedad y condenando al pueblo á un estado de perpetua inferioridad miserable y abyecta. ¿Y es así como las leyes nos protegen y amparan?.....

\*  
\*  
\*

Abramos la Historia del Derecho legislado por cualesquiera de sus páginas. Comencemos por Roma, si tal nos place; examinemos sus leyes primitivas, las llamadas *leyes decemvirales*.

Pues, bien: á pesar de que Cicerón y Dionisio Halicarnaseo reputaron tales leyes como el *summun* de la sabiduría universal en materia de derecho escrito, las *Doce tablas*, que fueron calificadas de *un retrato verdadero del gobierno más perfecto*, no resultaron otra cosa que un medio poderoso de matar la libertad del pueblo romano, afirmando el privilegio sobre bases legales y preparando así el advenimiento de la tiranía.

Las leyes decemvirales, leyes, como todas, crueles y como todas injustas, afirmaban la esclavitud, prohibían, bajo un gobierno republicano, el derecho de asociación

y autorizaban á los acreedores la crueldad de poder prender á sus deudores, encerrarlos en los más horribles calabozos cargados de hierro, sin estar obligados á darles más comida que pan y agua y exponerlos en los mercados públicos atados y andrajosos, para excitar así la compasión de sus amigos y parientes á fin de que se apiadasen de ellos y pagaran sus deudas.

Contrarios los decemvirales de la libertad del pensamiento, como lo fueron la casi totalidad de los legisladores antiguos, á fin de que sus personas no pudieran ser molestadas de palabra ó por escrito, insertaron en las *Doce tablas* una ley instituyendo la pena de muerte contra los poetas y escritores satíricos.

Después de todo, era lógico que se condujeran así. Los decemvirales aspiraban á convertirse en oligarcas del pueblo romano, y para eso procuraban oprimir los espíritus libres y captarse la cooperación de los ambiciosos.

En Roma, el hombre puede, le es lícito por la ley, esclavizar al hombre, maltratar, cohibir y hasta vender en clase de esclavos á sus propios hijos; pero las leyes no toleran que se asocie para resistir las imposiciones de los poderosos, ni que escriban festivamente contra los dioses ó contra los magnates.

Así fué preparándose poco á poco el envilecimiento de la Humanidad.

La masa se acostumbró á ver en las leyes algo muy superior á su propia esencia, y tomó á los gobernantes y á los legisladores, reyes, emperadores ó magnates, por seres superiores, á los que llegó hasta el extremo de adorar como á divinidades vivientes.

El emperador Augusto, aquel astuto tirano que hiciera escribir en los *Digestos* la funosa *ley real* en que se lee: «Todo cuanto quiera el príncipe, tiene vigor de ley, porque el pueblo ha transferido en él todo su imperio y todo su poder», recibió culto idólatrico en Roma y en España, siendo Tarragona la primera ciudad peninsular en que se le dedicó un templo.

Así, de esta manera, adorando como divinidades á los monstruos regios, así se vivió en el mundo durante largos siglos.

El hombre productor se arrodillaba ante la imagen del hombre legislador. El campesino profesaba ferviente la devoción del César.

No podía suceder de otro modo. Por aquéllos entonces, lo podían todo los augustos emperadores; de ellos emanaban los castigos y las mercedes, las felicidades y los suplicios. Si César así lo deseaba, el esclavo sería redento, general el soldado ó cónsul el plebeyo.

Era, pues, omnipotente; bien podía ser adorado.

Roma nos subyugó con el deslumbrante esplendor de sus *Flavios emperadores*. De ahí la tendencia de los españoles hacia el santonismo.

Adoradores ayer de Augusto ó de Tiberio, nada tiene de particular que lo seamos hoy de Silvela ó de Sagasta. Lo llevamos en la masa de la sangre; somos como las especies humanas inferiores, amantes apasionados del oropel y de los colorines. Nuestro medio social de existencia es un medio viciado, corrompido y corruptor.

Hasta los hombres de tendencias marcadamente radicales, son en España esclavos del personalismo.

Los partidos políticos, vacíos de ideales, resultan aquí cofradías en las que se congregan los fieles bajo la advocación de San Práxedes, San Silvela, San Duque de Teuán, San Romero Robledo ó San... *etcétera, etcétera...*



Pero dejémonos ahora de vanas disquisiciones y continuemos nuestro trabajo, procurando no distraernos, y pues que nuestro único propósito estriba en poner de relieve las viciosas injusticias de la ley y las despojadoras iniquidades perpetradas por los llamados hombres de orden y de gobierno para mantenerse privilegiados y vivir soberanos ejerciendo la tiranía desde las cumbres del poder, volvamos sobre nuestro tema, estudiando la cuestión desde el punto de vista que nos conviene estudiarla; esto es, siguiendo el desenvolvimiento cronológico de todas sus fases históricas en la evolución de la sociedad.

Sabido es que á la cultura y urbanidad romanas sucedieron en esta península la ferocidad y rusticidad góticas, y que los godos fueron barridos por los sarracenos con una prontitud increíble, sin que, desde esta época, desde la época en que los musulmanes invadieron España destruyendo la monarquía goda, dejaran los indígenas peninsulares ni un solo instante de luchar por la reconquista de su independencia y de su suelo.

Hecha la reconquista, ó cuando quedaba ya casi concluida, el feudalismo tomó en España todo el vigoroso desarrollo que es de suponer; y tales fueron la preponderancia y gran predicamento alcanzados por la nobleza feudal, que los reyes, temerosos de ser juguetes de las procaces osadías de los nobles coligados, pensaron en el engrandecimiento del *estado llano*, al que procuraron robustecer en la libertad, concediéndole jurisdicción, creando municipios libres de toda influencia feudal y otorgando cartas forales á ciudades, villas y pueblos.

Vieron los reyes que la dignificación del estado llano podía contribuir al afirmamiento de la soberanía de la realeza cohonstando el influjo de la aristocracia feudal, que tanto abusaba de su poder y de su fuerza, y no perdonaron medio de elevar el nivel social de los villanos, hasta conseguir que éstos estuvieran representados en las Cortes nacionales, por medio de los procuradores enviados á ellas en nombre de las ciudades, villas y pueblos libres de toda influencia feudal.

A mediados del siglo XIII todavía no estaba determinado el número de procuradores que los pueblos realengos podían enviar á las Cortes nacionales, en representación del estado general.

En Aragón empezaron antes los procuradores del pueblo á concurrir á las Cortes que en Castilla; á las de Borja, celebradas en el año 1131 para el nombramiento de sucesor al trono á D. Alonso, el emperador, que no había dejado más hijos que don Ramiro, monje sacerdote, asistieron los ricos-hombres, mesnaderos, caballeros y los procuradores de las ciudades y villas, según refiere Zurita (1).

Era éste un gran progreso que debía producir, y que produjo, efectos de regeneración saludable en la masa del pueblo.

A medida que se iba extendiendo el alcance beneficioso de las franquicias y de las libertades forales otorgadas al estado llano por la realeza, los pueblos libertados del gobierno feudal crecían en importancia, se enriquecían y se civilizaban con sorprendente rapidez. El renacimiento que se operaba en España bajo los auspicios de la nueva situación, contribuyó poderosamente á engrandecernos, despertando el espíritu del pueblo y preparándolo para las luchas redentoras de la civilización.

Libres los hombres de la rapacidad feudal, escuchados tras las concesiones forales para poder trabajar libremente, instruirse y desenvolverse sin temor á las antiguas trabas, abrióse para España una nueva era de bienestar y civilización que envolvió.

(1) *Anales de Aragón*, libro I, capítulo 53.



benéfica la nación entera y sirvió á sus hijos de estímulo para sacudir la modorra en que yacían y disponerlos á entrar de lleno en las vías del progreso, luchando por la causa santa del derecho y de la libertad.

\*  
\*\*

Uno de los derechos más naturales y más inabdicables del hombre, es el de poder juntarse con otros para oponerse á los atentados que los tiranos ó los explotadores realicen contra su vida, contra su dignidad y contra su libertad. De este derecho, fuente y origen de todo otro derecho, del *derecho de libre asociación*, viéronse también investidos los plebeyos por concesiones de la realeza; porque la realeza temía las potentes ligas constituidas por los nobles para oponerse á los designios de la autoridad real, y, como queda indicado precedentemente, la realeza deseaba contrarrestar el influjo avasallante de los señores feudales, colocándolos frente al pueblo.

El pueblo, viéndose relativamente libre y feliz, procuró aprovecharse de sus nuevos derechos, é imitando á los nobles, los plebeyos pensaron también en organizarse, en formar sus *gremios, hermandades ó cofradías*.

Los progresos de la libertad, variando las antiguas costumbres, simples y bárbaras, aumentando en las ciudades populares las necesidades del consumo, tanto de comestibles como de manufacturas y otros géneros de necesidad, regalo ó capricho, iban multiplicando en la misma proporción el número de artesanos ocupados en cada oficio. Todos ellos formaban una clase casi enteramente nueva, y de aquí surgieron los *gremios* al calor del nuevo orden de cosas.

Hasta aquella época, apenas se habían visto en esta península más que soldados y labradores; ni los unos ni los otros gastaban más que lo muy preciso para la subsistencia y el abrigo. Pero luego, enriquecida España por diversas causas y conductos, fueron aumentando las necesidades de la vida, hízose mayor el lujo y más espléndido, rico y comfortable el atavío de la existencia individual y colectiva.

Los artesanos, los revendedores y los comerciantes por mayor y menor, fueron las nuevas clases creadas en España al calor de la libertad, y ellas contribuyeron, en proporción no pequeña, al fomento de la opulencia, de la civilización y de la prosperidad de esta nación semi-bárbara, endurecida por el fragor de tan dilatados siglos de guerras y opresiones.

Multiplicados los artesanos por las exigencias de la nueva situación, en cada oficio se encontraba ya un número más ó menos crecido de familias unidas, naturalmente, por la conformidad de ideas y de intereses, y, por consiguiente, muy propensas á enlazarse en las corporaciones llamadas *gremios*.

Aunque impregnado de cierto misticismo y religiosidad, el espíritu de las corporaciones gremiales tenía cierto dejo comunalista. Estas corporaciones, constituidas por los agremiados muy principalmente para hacer respetar á la nobleza los derechos adquiridos por el pueblo bajo el régimen foral, fueron tan viriles defensores de la libertad, que, al fin, perecieron luchando en su defensa.

A medida que la importancia de los *gremios* aumentaba, vigorizábase bajo su influjo el poder social del estado general, antes casi nulo.

Los *gremios* procuraban extender su labor *socializadora* á todas las clases de que se componía la sociedad plebeya, excitando á los campesinos á la formación de hermandades y cofradías, para así poder defender mejor sus libertades y derechos y

resistir las inicuas opresiones y espolios de los señores. La organización gremial llegó á ser imponente, el número de las corporaciones era grande en toda la nación, y sus decisiones ponían en grave aprieto los privilegios de la aristocracia feudal, domada al fin por la realeza en sus orgullos y en sus osadías impertinentes.

El estado general tomaba, pues, gran incremento; había llegado á su apogeo. Estaba unido fuertemente en comunidades federadas; contaba con infinitos recursos propios y podía levantar cuando quisiera ejércitos considerables.

Cuando esta época hubo llegado, la nobleza ya había sido reducida por la mano de los reyes á la obediencia. Los reyes, pues, ya no necesitaban del apoyo del estado llano; antes por el contrario, la robusta organización del pueblo era un estorbo para que la majestad monárquica pudiera desplegarse en toda la inmensidad de sus regios esplendores augustos.

España era, á la sazón, un vasto imperio, dominaba una inmensa parte de la tierra, había descubierto las Américas y arrojado por completo de su suelo á los conquistadores sarracenos.

Los reyes decidieron, pues, acabar con el influjo social de las hermandades y de los gremios, como habían acabado antes, aliados con el pueblo, con el poder de la nobleza feudal, y no tardaron en conseguirlo, procurando agraviar de intento al estado llano con la violación de sus fueros, derechos y libertades.

Las cabezas de los famosos comuneros de Castilla, cortadas por el verdugo tras el tremendo desastre de los campos de Villalar, concluyeron con las comunidades; pero no así con el espíritu liberador de la raza, educada desde entonces para emanciparse y que hoy día resucita con nuevos bríos para luchar sin descanso, tenaz y valerosamente, en las nuevas agremiaciones de la solidaridad obrera, que han de conducirnos á la redención de todos anhelada.

DONATO LUBEN.

## Campos, fábricas y talleres

(CONCLUSIÓN)

Toda esta industria es de origen muy reciente; todos podemos observar cómo se va desenvolviendo, y, sin embargo, sólo lo que se exporta de Guernsey representa ya algo extraordinario. Hace pocos años fué estimado en lo siguiente: uvas, 502 toneladas, representando un valor de 937.500 francos, al precio medio de 0,90 de franco la libra; tomates, 1.000 toneladas, sobre 750.000 francos; patatas tempranas (principalmente al aire libre), 500.000 francos; rábanos y brócolis, 231.250 francos; corte de flores, 75.000 francos; setas, 5.000 francos; total, 2.498.750 francos; al cual hay que añadir el consumo local en casas particulares y hoteles, que tienen que alimentar á cerca de 30.000 viajeros. Hoy, esas cantidades deben haberse aumentado considerablemente: en Junio del 96 ví á los vapores de Southampton tomar diariamente de 9.000 á 12.000 banastas, y algunas veces más, de uvas, tomates, judías y guisantes, conteniendo cada una de 12 á 14 libras de fruto: y teniendo en cuenta lo remitido por otros conductos, podemos decir que de 400 á 500 toneladas de tomates, uvas, ju-

días y guisantes, apreciadas en 500.000 á 625.000 francos, se exportan todas las semanas en Junio.

Todo se obtiene de una isla cuya área total, incluyendo las rocas y las peladas cuñbres de sus cerros, es de 16.000 acres, de los cuales sólo 9.884 se cultivan, dedicándose 5.189 á forrajes y praderas, y, sin embargo, en ella se sostienen 1.480 caballos, 7.260 reses vacunas y 900 carneros. ¿Qué cantidad de substancias alimenticias producen, pues, esos 10.000 acres?

Bélgica ha hecho también durante estos últimos años un inmenso progreso en la misma dirección. Mientras que hace veinte años apenas llegaban á 250 acres los cubiertos de cristales, hoy pasan de 800 los que ya se cuentan en tal estado. (1)

En el pueblo de Haeilaert, enclavado sobre un monte pedregoso, hay más de 200 acres bajo vidrio, dedicados á viticultura. Un solo establecimiento, según observa Baltet, tiene 200 invernaderos y consume 1.500 toneladas de carbón para las viñas (2), «á carbón barato, uvas baratas», como escribía el director del *Journal of Horticulture*.

El precio de las uvas en Bruselas á principios de verano, no es más elevado que el que tienen en Suiza en Octubre; y aun en *Marzo* se venden aquéllas en Londres desde 0,43 á 0,60 de franco la libra. Estos precios demuestran por sí solos de modo concluyente el poco trabajo que hace falta emplear para cultivar la vid en nuestras latitudes con el auxilio de cristales. *Es indudable que cuesta menos el cultivo de la viña en Bélgica que á orillas del lago Lemán.*

Los varios datos reunidos y presentados ante los lectores en las páginas precedentes, hacen tabla rasa de la falaz doctrina del exceso de población. Precisamente en los países más densamente poblados es donde la agricultura ha hecho tales progresos, que hubieran parecido como un sueño hace veinte años: la densidad, un gran desarrollo industrial y un importante desenvolvimiento de la agricultura son cosas de un carácter simultáneo, y hasta pudiera decirse que son inseparables. En cuanto al porvenir, los recursos de la agricultura son tales, que, en verdad, no nos es dado prever cuál es el límite de la población que pudiera vivir de los productos de un área determinada: los recientes progresos ya experimentados en grande escala han ensanchado los límites de la producción agrícola hasta una extensión jamás prevista; y los últimos descubrimientos, ensayados ahora en pequeña escala, nos ofrecen agrandarlos más todavía, hasta un grado verdaderamente desconocido.

Hemos visto que la tendencia actual del desarrollo económico del mundo es la de inducir más y más á cada nación, ó mejor dicho, á cada región, tomada en su sentido geográfico, á confiar principalmente en la producción nacional de todo lo más necesario para la vida. No quiere esto decir que se reduzca el comercio del mundo, el cual tal vez crezca en volumen, sino su limitación al cambio de lo que realmente *deba* cambiarse, aumentando al mismo tiempo el comercio de cosas nuevas, hijas de las ciencias y las artes, y el cambio entre los pueblos del conocimiento y de la idea. Tal es la tendencia del movimiento presente, que de ningún modo debe alarmarnos;

(1) He tomado estos datos de las notas que un profesor de Agricultura belga tuvo la bondad de remitirme. La mayor parte de los invernaderos belgas tienen la armadura de hierro.

(2) Un amigo que ha estudiado la horticultura práctica en las islas del Canal, me dice lo siguiente respecto á las viñas en las inmediaciones de Bruselas: «No podéis formaros idea hasta qué punto se ha adelantado allí; Bashford no representa nada á su lado.»

pues no hay ninguna nación en el mundo que, armada con los grandes elementos de que hoy dispone la agricultura, no pueda producir en su área cultivable todas las substancias alimenticias y la mayor parte de las primeras materias derivadas de la agricultura, que necesita su población aun cuando las necesidades de ésta fueran rápidamente creciendo, como era natural que sucediera. Considerando el poder del hombre, con relación á la tierra y á las fuerzas de la naturaleza—*tal como existe en nuestros días*—podemos sostener que dos ó tres habitantes por cada acre de tierra cultivable no sería demasiado; pero ni en un país tan densamente poblado como éste, ni en Bélgica, hemos llegado á tal estado. Aquí tenemos, hablando en términos generales, un acre del área cultivable por habitante.

Suponiendo, pues, que cada habitante de la Gran Bretaña estuviera obligado á vivir del producto de su propio país, todo lo que tendría que hacer sería en primer lugar considerar el suelo de la nación como patrimonio común, del cual debe disponerse de modo que todos en general y cada uno en particular salgan beneficiados; lo que es indudablemente una condición absolutamente indispensable; después, no tendría más que hacer que cultivar la tierra, no de un modo extraño y extravagante, sino como se hace en miles y miles de acres en Europa y América; no tendría que inventar nada, sino generalizar y amplificar los sistemas cuya bondad ha sido comprobada por la experiencia.

Todos pueden hacerlo; y al proceder así, economizarán una inmensa cantidad del trabajo que ahora dan para comprar el alimento en el exterior, y pagar á todos los intermediarios que viven de este tráfico.

Con un cultivo racional, *pueden* indudablemente obtenerse del suelo, tanto los artículos de primera necesidad como los de lujo, con mucho menos trabajo del que hoy se necesita para poder comprarlos. En otro lugar (en *La Conquête du Pain*) he hecho cálculos aproximados al efecto; pero con los datos presentados en este libro, cada uno puede por sí mismo comprobar la verdad de esta afirmación. Si nos hacemos cargo de la masa de productos que se obtiene con un cultivo racional, y la comparamos con la cantidad de trabajo que hay necesidad de emplear para obtenerla con uno irracional, para reunir la fuera, transportarla y mantener verdaderas legiones de intermediarios, veremos desde luego qué poco tiempo habría que dedicar, bajo un sistema de cultivo adecuado, á la producción del alimento.

Para alcanzar tal resultado, claro es que no hemos de pretender dividir la tierra en parcelas de un acre, procurando que cada cual haga con su trabajo individual que se produzca todo lo que le hace falta, sin más herramientas que la azada, en su pedazo de terreno; en tales condiciones, el fracaso sería inevitable. Los que se han entusiasmado tanto con los maravillosos resultados obtenidos con el *petite culture*, que pregonan por todas partes las excelencias del pequeño cultivo, del hortelano francés, ó *maratcher*, considerándolo como el ideal de la humanidad, se equivocan tanto como esos que, en el otro extremo, desearían convertir á cada país en un reducido número de granjas gigantescas, como las conocidas en América con el nombre de «Bonanza», labradas por «batallones de \*trabajadores» organizados militarmente. En semejantes granjas el trabajo humano es reducido, pero las cosechas que se cogen son demasiado pequeñas, y el sistema en sí no es más que lo que pudiéramos llamar un cultivo robado, en el que para nada se tiene en cuenta lo que se gasta el suelo, en tanto que la *petite culture*, en parcelas pequeñas y aisladas, si está á cargo de individuos ó familias aislados, es mucho el trabajo que se desperdicia, aun cuando las cosechas sean

grandes. Una verdadera economía de ambos, tanto de espacio como de trabajo, exige procedimientos muy distintos, representando una combinación del trabajo mecánico con el manual.

En agricultura, como en todo lo demás, el trabajo asociado es la única solución razonable. Doscientas familias compuestas de cinco personas cada una, teniendo cada una también cinco acres, sin ningún lazo de unión entre ellas y obligadas á buscarse la vida cada una en su terreno, es casi seguro que, económicamente, el fracaso sería completo; aun admitiendo que no haya ningunas dificultades *personales* causadas por la diferencia de educación é inclinaciones, así como por la falta de conocimiento respecto á la aplicación que haya de darse al terreno, y admitiendo por un momento que semejantes causas no existan, el experimento no daría resultado por motivos puramente *económicos* y por razones *agrícolas*. Cualquiera que sea la reforma que se implante dentro de las condiciones actuales, no es posible que sea duradera: tendría que experimentar otra nueva transformación ó desaparecer.

Pero si esas doscientas familias se consideraran á sí mismas como arrendadoras de la nación, y considerasen los mil acres como una sola finca—no tomando en cuenta las personales—tendrían, hablando económicamente en cuanto á la agricultura se refiere, muchas probabilidades de éxito, *si sabían cuál es el mejor uso que se debe hacer de la tierra*.

En tal caso, lo que probablemente harían, ante todo, sería asociarse para hacer mejoras permanentes en las tierras que las reclamasen con urgencia, dedicando á este trabajo un periodo de tiempo anual, hasta llegar gradualmente á un estado de relativa perfección. En un área de 340 acres podrían cultivar fácilmente todos los cereales—trigo, avena, etc.—necesarios para su alimentación y la de sus ganados, sin tener que acudir para ello al sistema de plantación ó replantación; podrían recoger, de 400 acres cultivados convenientemente y regados, en caso de ser posible y necesario, todo el heno y forraje que hiciera falta para el sostenimiento de las 30 ó 40 vacas de leche que suministrarán ésta y la manteca, y sobre 300 cabezas de ganado que hicieran otro tanto con la carne; en 20 acres, dos de los cuales deberían estar bajo vidrio, criarían más frutas, legumbres, hortalizas y verduras de las que pudieran consumir. Y suponiendo que se agregase medio acre á cada casa, que podría dedicarse á flores, aves, recreo ó cosas por el estilo, todavía les quedarían 140 acres libres que pudieran utilizar á su gusto en jardines y plazas públicas, fábricas, etc. El trabajo que reclamase ese cultivo intensivo no sería el duro del siervo ó del esclavo: sería accesible para todos, fuertes y débiles, hijos del campo ó de la ciudad, teniendo además verdaderos encantos. Y sin embargo, su suma total sería mucho menor que la cantidad de trabajo que cada 1.000 personas tienen que emplear, ya sea en este país ó en otro cualquiera, para proporcionarse el alimento, que hoy es de menor cantidad y calidad inferior. Claro es que, al hablar así, me refiero al trabajo técnico necesario, sin tener para nada en cuenta el que hoy gastamos, á fin de mantener todos nuestros intermediarios, ejércitos y otras cosas análogas. En verdad, la cantidad de trabajo que se requiere para producir el alimento con un cultivo racional es tan corta, que nuestros hipotéticos habitantes se verían obligados necesariamente á emplear sus ocios en empresas industriales, obras artísticas, estudios científicos y ocupaciones de todo género.

Bajo el aspecto técnico, ningún inconveniente se presenta para que semejante organización empezase á funcionar desde mañana con éxito completo; los obstáculos

que contra ella se presentan no dependen de la imperfección del arte agrícola, ó de lo infecundo del suelo ó del clima; dependen por completo de nuestras instituciones, de nuestras costumbres hereditarias y de nuestros recuerdos del pasado: del «Fantasma» que nos oprime; pero también, hasta cierto punto, considerando á la sociedad en su totalidad, de nuestra fenomenal ignorancia. Nosotros, gentes civilizadas, lo sabemos todo; de todo tenemos opiniones formadas; en todo nos interesamos: lo que únicamente no sabemos es de dónde viene el pan que comemos, á pesar de que pretendemos no ignorarlo, cómo se cría, qué trabajo cuesta el producirlo, qué se ha hecho para aliviar ese trabajo y qué clase de hombres son esos que se encargan de alimentarnos... Sobre este punto somos más ignorantes que los salvajes, y evitamos que nuestros hijos adquieran esa clase de conocimientos, aun aquellos que lo preferirían al farrago de cosas inútiles con que los agobian en la escuela.

PEDRO KROPOTKIN

(Traducción de Salvochea).

---

## CIENCIA Y ARTE

# LA HERENCIA ¿ES UNA LEY?

La ciencia tiene su comienzo en la investigación de las leyes. Todo lo que precede no ha tenido más que un objeto: prepararla. Si de esta masa de hechos tomados de la psicología animal y humana, de la patología y de la historia no tuviéramos la esperanza de ver surgir alguna regla cierta y fija, esto no sería más que un montón de materiales sin valor, una colección de anécdotas curiosas, pero que no proporcionaría nada al espíritu que se asemejase á la ciencia. Se trata, pues, de saber si la herencia es una ley del mundo moral ó si los numerosos ejemplos presentados anteriormente no son más que casos aislados, resultante del concurso fortuito de otras leyes.

Quizás después de haber leído la primera parte de este trabajo causará extrañeza el que esta cuestión pueda presentarse. Sin embargo, la perfecta indiferencia de la mayor parte de los psicólogos, por lo que respecta á la herencia, parece decir bastante bien que no han visto en ella una ley psíquica. En cuanto á los fisiólogos que con más seriedad se han ocupado de esto, sus doctrinas sobre este punto distan mucho de estar de acuerdo, y varios han rechazado claramente la herencia psicológica. La cuestión vale, pues, la pena de estudiarse.

No quiere decir esto, hablando con franqueza, que las objeciones contra la herencia psicológica nos parezcan muy formidables; aun las más de las veces serían inexplicables si no se supiera el motivo que las ha inspirado. Es el temor, fundado ó no, de las consecuencias que podrían resultar; preocupación que ni es científica, puesto que procede arbitrariamente, ni moral, puesto que prefiere cualquier cosa á la verdad.

Así, pues, se puede prestar atención á una doctrina sostenida sobre todo por Lordat quien, sometiendo por completo á las leyes de la herencia el «dinamismo» (es decir los diversos modos de la actividad psíquica) del animal, deducía de aquí el «di-

namismo» del hombre. La intención del autor y de sus partidarios es demasiado clara (1). Es la de crear entre el hombre y el animal un abismo que no existe. Bajo el doble punto de vista físico y mental, es imposible hacer del hombre un sér aparte, establecer un «reino humano». En el tránsito de la animalidad á la humanidad, el axioma de Linneo ha quedado verdadero: *Natura non facit saltus*. La herencia es una ley biológica que descende de otra ley, la del transporte, por la generación, de los atributos de la vida física ó mental; y las leyes de la generación rigen todo lo viviente, la planta, como el animal, como el hombre. No existe, como lo veremos más adelante, una parte del dominio de la vida que esté sometida á las leyes de la herencia y otra que se haya sustraído á ellas.

Esta hipótesis es de tal modo quimérica, que se necesitaría, por el contrario, aun en un estudio psicológico de la herencia, no separar nunca el animal del hombre. Sería necesario estudiar, uno después de otro, cada uno de los modos de la vida mental y ver cómo se rige por la herencia, tanto bajo la forma inferior, la del animal, como bajo su forma superior, la del hombre. Se trata de hacerlo aquí, aunque muy groseramente; no siendo, por tanto, este trabajo más que un ensayo; desde luego, y en la ausencia de una psicología comparada, que sirviera de base y de plan á esta exposición, esto se reduce á tanteos.

Otra doctrina, simpática á los espiritualistas, consiste en decir que es preciso distinguir «entre las cualidades morales que se refieren al cuerpo, y las cualidades morales que sirven al alma», que las primeras son transmisibles por la herencia, pero que las segundas no lo son. El mismo Lordat sostiene una tesis análoga. «En el hombre, dice, la herencia rige todo lo que concierne á la fuerza vital, pero no á «las cualidades indígenas ó exóticas del sentido íntimo», lo que traducido en el lenguaje más claro, significa: los modos *inconscientes* de la actividad vital son hereditarios, los modos *conscientes*, no lo son.»

Tomada bajo esta forma, la objeción es vaga y aun muy poco sólida cuando se la sigue de cerca; porque descansa sobre la idea de una distinción absoluta entre el espíritu y el cuerpo, idea que si era admitida en tiempo de Descartes, hoy no lo es. Pero si se atiende menos á la letra que al espíritu de la objeción, menos á lo que ella dice que á lo que quiere decir, se debe reconocer que presenta una cuestión bastante delicada, que no haremos más que indicar aquí, pero que necesitará discutirse después.

Entre las «cualidades morales que se refieren al cuerpo», se cuentan en primer lugar las sensaciones y las percepciones. El organismo se hereda y con él los órganos de los sentidos y las funciones de estos órganos. Pero la imaginación depende en gran parte de nuestra facultad de sentir, y las sensaciones, con las imágenes, forman los materiales en bruto del conocimiento. ¿Bastan para constituirlo? Hoy ya no se sostiene esto. Se sabe bien que el espíritu pone en ello alguna cosa, que hace entrar el fenómeno en los moldes de la casualidad, del tiempo y del espacio. Estas condiciones de todo pensamiento, formas subjetivas del espíritu, dice Kant, preformaciones del

---

(1) Si las leyes, dice, son las mismas en los dos órdenes (animal y humano), la semejanza podrá hacernos pensar que el dinamismo de las bestias es igual al nuestro, y que el hombre no es más que un animal, el más desarrollado y ennoblecido, como lo han dicho tanto Gall y su escuela. Pero si estas dos herencias presentan leyes diferentes, podremos discutir la identidad de los dos dinamismos comparados.

organismo, dicen los fisiólogos, son universales, comunes á todos los hombres, y por consecuencia, hereditarias sin excepción.

Si se trata no ya de la actividad intelectual, sino de los sentimientos, de las emociones y de las pasiones ¿no hay algún derecho que las coloque entre las «cualidades morales que se refieren al cuerpo»? Es necesario recordar que las emociones son muy diferentes, según que el sujeto que las experimenta sea linfático ó nervioso, bilioso ó sanguíneo; y estas afecciones primitivas son la fuente de donde salen más tarde los sentimientos más complejos.

Así, cuando se examina de cerca esta pretendida diferencia entre las «cualidades morales que se refieren al espíritu» y las que «se refieren al cuerpo», desaparece completamente. Se la busca sin encontrarla, porque no existe. Se ha querido admitir la herencia para ciertos modos psíquicos inferiores; se ha creído así hacerla intervenir, y esto lleva lógicamente, fatalmente, á que invada el dominio de la psicología por entero; consecuencia natural de una hipótesis vaga, mal fundada, inconstante, en desacuerdo con los hechos. Y, sin embargo, ya lo hemos dicho, existe quizás en esta distinción un fondo de verdad. Este punto importante, que la objeción no ha sabido separar ni poner en claro, es el que sigue.

Suponed que se haya comprobado sólidamente que todos los modos de la actividad física son transmisibles: los sentidos, la memoria, la imaginación, el razonamiento, los sentimientos, los instintos y las pasiones, las disposiciones normales ó morbosas; la totalidad de estos modos ¿es todo el sér que siente y piensa? O bien: ¿hay fuera de esto alguna cosa que se llama el *yo*, la *persona*, es decir, esa fuerza íntima que elabora de una manera que le es propia todos los materiales del sentimiento y del conocimiento y les imprime su sello particular? ¿Debe pensarse que los diversos modos de la actividad psíquica, por sus cruzamientos diversos, explican *solos* la persona? O bien: ¿hay alguna otra cosa además? El *yo* ¿es un resultado, ó una causa? Si se nota que impresiones semejantes se sienten y se transforman de maneras muy semejantes, según los individuos; que entre el genio y el idiotismo hay todas las variedades posibles de la actividad mental, quizás se está dispuesto á considerar como razonable la hipótesis de un principio que explique esas diferencias. Entonces se plantearía esta cuestión: el *yo*, la persona, el elemento constitutivo del individuo, ¿es transmisible por herencia, como los diversos modos de la actividad mental?

Tal es, en nuestra opinión, la única manera seria de interpretar esta objeción. Nos permitimos retardar su examen; tendremos mejor ocasión más adelante (1).

No habria insistido sobre tesis debidas á autores un poco olvidados, si no estuviese seguro de que aun tienen partidarios secretos. Los grandes naturalistas de la segunda mitad de este siglo han demostrado tambien la importancia de la herencia y de su papel como ley biológica, que nadie se atreve abiertamente á contradecirla y se siente bien que se impone á la psicología; pero muchos la sufren más bien que la aceptan, y se esfuerzan por todos los medios en negar en los pormenores lo que han concedido en principio.

Aparte de los fisiólogos, el papel de la herencia psicológica ha sido negado por uno de los más grandes historiadores filósofos de Inglaterra, Buckle, en su libro sobre la *Civilización en Inglaterra*. Es asombroso que un espíritu tan claro, que ha mostrado en la investigación de los fenómenos históricos una penetración, una originali-

(1) Véase las *Consecuencias*, cap. III.



dad de método, un rigor científico bien raros, haya desconocido un hecho de tal importancia.

«Oímos frecuentemente, dice, hablar de talentos hereditarios, de vicios hereditarios, de virtudes hereditarias; pero cualquiera que examine rigurosamente los hechos, encontrará que no hay ninguna prueba de su existencia. La manera de dar esta prueba, en general, es ilógica en el más alto grado, porque de ordinario he aquí cómo proceden los que han escrito sobre estas materias: reúnen ejemplos de alguna particularidad mental que se han encontrado en un padre y en su hijo, y de aquí infieren que esta particularidad ha sido transmitida. Con semejante modo de razonar se puede demostrar cualquiera proposición. En efecto; por todas partes donde se extienden nuestras investigaciones hay un número de coincidencias empíricas suficientes para sostener plausiblemente cualquiera opinión que plazca al primero que llega.

«Pero no es así como se descubre la verdad. Hace falta, no solamente preguntarse cuántos ejemplos se presentan de talentos hereditarios, etc., sino también cuántos ejemplos se presentan de cualidades que no son hereditarias. Mientras no se haga una tentativa de este género, nos será imposible saber nada sobre esta cuestión de una manera inductiva, y, hasta que la fisiología y la química estén mucho más adelantadas, no podremos saber nada á este propósito de manera deductiva.

«Estas consideraciones nos deben impedir acoger teorías que afirmen positivamente la existencia de la locura hereditaria y del suicidio hereditario. La misma observación se aplica á la herencia de la enfermedad en general. Se aplica con más fuerza aún á las virtudes y á los vicios hereditarios; tanto más, cuanto que no se ha hecho todavía un estado tan exacto de los fenómenos morales como de los fenómenos fisiológicos. Por consiguiente, nuestras conclusiones referentes á las primeras son todavía más inciertas (1).»

Se encuentran en esta objeción, por prodigiosa que nos parezca, todas las cualidades de un espíritu verdaderamente científico; es decir, difícil en materia de pruebas. No se ve, sin embargo, claramente qué método quiere Buckle que se siga en estas investigaciones. ¿Es el método de la diferencia, que consistiría en comparar los hechos de herencia con las excepciones, en poder darse cuenta de estas últimas y en mostrar por qué no están en la ley? Quizás no sea imposible intentarlo. ¿Es el método estadístico, que consistiría en aceptar los hechos tales como se presentan, en agrupar de una parte, los que tienen un carácter hereditario, y de otra, los que no lo tienen, y en evaluar numéricamente las relaciones de ambos grupos? Ya veremos después que esto se ha ensayado. Se puede conceder sin ninguna dificultad á Buckle que la cuestión de la herencia psicológica está lejos de poder ser expuesta rigurosamente, y aun hay una multitud de buenas razones para que sea así. Muchas veces en el curso de este trabajo hemos sentido cuán insuficiente es decir: tal padre ilustre, tal hijo ilustre; por tanto, el talento es hereditario; cuando lo que haría falta poder demostrar es que, á tal modo preciso de actividad mental en el ascendiente, corresponde el mismo modo en el descendiente, ó bien, decir por qué no es así. Pero esto es pedir demasiado en el estado actual de la psicología.

Reconocido esto, si volvemos á lo que hay de esencial en la objeción de Buckle, vemos que, en su opinión, los casos de herencia serían sucesiones puramente fortuitas, como deben encontrarse siempre cuando se compara una gran masa de hechos.

(1) Buckle, *Civilisation in England*.

Si se busca en los registros de una lotería la lista de los números premiados durante un largo período de años, es probable que se encuentren de tiempo en tiempo sucesiones idénticas, resultado de un puro efecto de la casualidad. Así es, poco más ó menos, como Buckle explica los casos de herencia: reduce la cuestión á un cálculo de probabilidades; ahora bien, hay un matemático que respondió de antemano á esta singular hipótesis.

Maupertuis, después de haber citado un caso de sexdigitismo hereditario durante cuatro generaciones, añade:

«No creo que haya nadie que tome el ejemplo del sexdigitismo por efecto de pura casualidad; pero en caso de que lo hubiera, hay que ver cuál es la probabilidad de que esta variedad accidental en un primer pariente no se repetirá en los descendientes. Según una investigación que he hecho en una ciudad que tiene cien mil habitantes, he encontrado dos hombres que tenían esta particularidad.

«Supongamos, lo que es un poco difícil, que otros tres se me han escapado, y que por cada veinte mil hombres se pueda contar uno con seis dedos; la probabilidad de que su hijo ó su hija no nacerá con los seis dedos es de 20.000 á 1, y la de que su nieto no tendrá los seis dedos es de 20.000 veces 20.000, ó de 400.000.000 á 1. En fin, la probabilidad de que esta singularidad no continuará durante tres generaciones sucesivas sería de 8.000.000.000 á 1; números tan grandes, que la certidumbre de las cosas mejor demostradas no llega en física á estas probabilidades. (1)»

Si se aplica el razonamiento de Maupertuis á algunos casos de herencia psicológica, una enfermedad mental, un talento cualquiera (pintor, músico), que persiste durante dos ó tres generaciones, se ve fácilmente á lo que queda reducida la objeción de Buckle.

La mayor parte de estas objeciones no habrían nacido si no se hubiese cometido la grave falta de no razonar más que *sobre excepciones*. Para resolver bien la cuestión, habría sido preciso primero plantearla bien; es decir, considerar el hecho de la herencia, no parcialmente, sino en toda su extensión á través del dominio de la vida, como vamos á hacerlo aquí.

Para proceder lógicamente necesitaríamos, ante todo, determinar lo que es la especie. No nos meteremos en esta cuestión inextricable. Basta que nos atengamos á algunos hechos muy sencillos, incontestables, muy groseros si se quiere, pero que todo el mundo admite.

Cuando comparamos dos seres vivos, es decir, dos sumas de atributos, y nos encontramos que estos dos seres tienen de común un gran número de atributos esenciales y no difieren más que por atributos raros y secundarios, de tal manera que se les puede considerar como casi semejantes, decimos que son de la misma especie.—Los caracteres numerosos y esenciales que les son comunes, los llamamos *específicos*; los caracteres raros y accidentales que les diferencian, los llamamos *individuales*. Así, dos individuos de la especie humana tienen de común caracteres esenciales muy numerosos, ser organizados, vertebrados, mamíferos, con todo lo que esto implica, tener sentidos, funciones fisiológicas, psicológicas, como sentir, recordar, imaginar, razonar. Pero ambos difieren por caracteres accidentales é individuales, en cuanto que el sistema muscular común á ambos está muy desarrollado en uno y muy poco en el otro; en cuanto que la facultad de recordar, común á los dos, es débil en uno y maravillo

(1) Maupertuis, *Œuvre*, t. II letra 17.º

sa en el otro; en cuanto que la facultad de razonar, también común, no se eleva en uno sobre el nivel de los actos más sencillos y en el otro llega á las más altas abstracciones.

Ahora bien, por el acto de la generación, de donde deriva la herencia, el sér produce su semejante. En las formas inferiores, como la gemmación y la fisiparidad, el hecho es evidente. En las formas superiores, que necesitan el concurso de ambos sexos, hay dos fuerzas contrarias en presencia y, por consiguiente, en lucha; de donde resulta que el producto se asemeja (salvo excepciones) á uno de los autores, ó á los dos á la vez. Esta verdad general de que los organismos de un tipo dado descienden de organismos del mismo tipo, está también establecida por una infinidad de ejemplos, que tiene el carácter de un axioma. «La tendencia en un sér vivo á repetirse en su producto, dice un naturalista, aparece como una especie de necesidad. Costaría trabajo concebir un sér que no se pareciese á sus padres. En efecto, esta tendencia se encuentra por todas partes, tanto, que en todo tiempo se la ve admitida como uno de esos hechos fundamentales que son la base de todas las ciencias naturales, que representan para ellas, á falta de cosa mejor, el papel que corresponde á los axiomas en las ciencias matemáticas.»

Comprendido esto, la herencia nos aparece bajo su verdadero aspecto, y las objeciones suscitadas contra ella pueden apreciarse en su valor, porque la cuestión planteada más arriba, «los casos de transmisión hereditaria en el orden psíquico, ¿son fortuitos? ¿son resultado de una ley?», se descompone evidentemente en muchas otras cuestiones á las que es fácil responder.

1.º Los caracteres *específicos*, sean físicos, sean psíquicos, ¿son hereditarios? Sí, lo son siempre, lo mismo en el animal que en el hombre.

2.º Los caracteres menos generales que constituyen las *razas ó variedades*, ¿son hereditarios? Sí, lo son igualmente; de un perro de presa no nace un sabueso, ni de un negro un blanco. Y esto es verdad también para las cualidades psíquicas; tal animal tiene no solamente los instintos generales de su especie sino los instintos particulares de su raza. El negro hereda no solamente facultades psicológicas comunes á todos los hombres, sino una forma particular de constitución mental (predominio de la sensibilidad y de la imaginación, tendencias sensuales, falta de aptitud para las abstracciones, etc.).

3.º Los caracteres puramente *individuales*, ¿son hereditarios? Los hechos nos han demostrado que en lo físico como en lo moral lo son con frecuencia.

Así, pues, en resumen, la herencia rige siempre esos caracteres muy generales que constituyen la especie, siempre esos caracteres menos generales que constituyen la variedad, frecuentemente los caracteres individuales. Por tanto, la conclusión bien evidente que sale de aquí es que *la herencia es la ley; la no-herencia, la excepción*. Suponed un padre y una madre, ambos grandes, fuertes, sanos, activos, inteligentes; de ellos nacen un hijo y una hija que tienen todas las cualidades contrarias. En este caso, en que la herencia parece completamente abolida, no es menos cierto, sin embargo, que las diferencias entre los padres y los hijos son bien poca cosa al lado de las semejanzas.

No debe culpárenos de haber insistido demasiado sobre cosas evidentes. Son tan claras, que se olvidan, que se llega á no razonar más que sobre casos aislados y á desnaturalizar la cuestión por la manera como se plantea. Por el contrario, cuando se

consideran los hechos en su totalidad, la herencia aparece como universal; tanto, que lo que puede sorprender no es que haya en los seres vivos caracteres hereditarios, sino que los haya que no lo sean.

CH. RIBOT.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*Cataclismos sísmicos.—Erupciones volcánicas y terremotos.—Siniestras profecías.—¿Están las Antillas llamadas á desaparecer?—Confirmación de una leyenda caraiba.—Las grandes líneas volcánicas.*

Con menos intensidad, felizmente, que en las pequeñas Antillas, pero con admirable concordancia, se han producido recientemente fenómenos sísmicos en muchas regiones muy alejadas las unas de las otras: el Cáucaso, Guatemala, Estados Unidos, Islandia, Méjico, España, Italia, Japón, Nueva Zelanda, Córcega, Francia, etc. Terremotos por un lado, erupciones volcánicas por otro, siendo todas manifestaciones diversas de un mismo fenómeno interno, tal como lo dejó establecido hace ya bastante tiempo Daubrée, quien en la teoría desarrolló, á continuación de su relato del terremoto de Ischia en 1883, atribuyó los terremotos en general á la acción de unos cuerpos gaseosos altamente calentados y elevados á fuerte presión, que no pudiendo escaparse al exterior, producen desprendimientos internos que trastornan la superficie del suelo.

Esta teoría explica los golpes sordos, como topetazos de ariete, que les acompañan; su violencia, sucesión frecuente y repetición en el mismo sitio durante muchos siglos, lo mismo que su predilección por las comarcas dislocadas y por las quebradas profundas de la corteza terrestre.

«Los temblores de tierra, dice Daubrée, parecen ser como *erupciones volcánicas sofo-cadas* por no encontrar salida; á corta diferencia, lo mismo que pensaba Dolomien. La potencia motriz de los gases cuyos efectos gigantescos vemos en los brotes ó protuberancias lanzadas del sol con velocidades y presiones colosales, parece ser también considerable en las profundidades de nuestro planeta para explicar los efectos de los temblores de tierra.»

No se sabe de una manera absolutamente cierta si esas deformaciones de la corteza terrestre son efecto de una causa periódica que obra sucesivamente en diferentes puntos de su superficie, ó los de otra perpetuamente subsistente, cuyo sueño, y no su aniquilamiento, corresponda á las etapas de un reposo que no sería más que aparente.

A creer ciertas siniestras profecías, el reposo no será esta vez de larga duración, puesto que unos sabios de la Jamaica y de la Trinidad predicen próximos cataclismos en las pequeñas Antillas, especialmente en San Vicente, donde el cráter del Rabacci parece dispuesto á completar la obra de destrucción comenzada por la Soufrière.

El profesor Seeley, eminente geógrafo americano, es aún más explícito, anunciando que no sólo las pequeñas, sino también las grandes Antillas están amenazadas de una destrucción casi completa. El profesor Heilpsin, interrogado sobre las consecuencias probables de las últimas erupciones, ha declarado que todas las islas del Archipiélago antillano pueden desaparecer, especialmente Cuba, Haití, Guadalupe, Jamaica, San Vi-

cente, Trinidad y Santa Lucía, encontrándose todas sobre una línea de actividad volcánica que se separa un poco al sur de Méjico de la gran línea transamericana. Por último, el Dr. Robert Hill, de Washington, acaba de declarar á un corresponsal del *Daily Express* que los habitantes de las Antillas occidentales viven sobre una masa volcánica que, tarde ó temprano, los destruirá.

Recordemos á este propósito que entre los indios caraibos, cuyos últimos descendientes acaban de perecer en la Martinica, existía una leyenda, según la cual, su raza estaba llamada á desaparecer anonadada por los fuegos subterráneos.

La situación particular de la Martinica justificaba esos temores, porque no sólo está sobre la terrible línea volcánica mencionada, sino que forma parte de las islas llamadas de Satavento, porque el viento sopla incesantemente contra sus riberas, y eso explica por qué la ciudad de San Pedro, situada entre la montaña Pelada y el mar, estaba fatalmente condenada á perecer en el caso de una erupción, toda vez que el viento del Oeste debía necesariamente amontonar las cenizas y el fuego sobre la infortunada población.

Se dice que San Pedro no será reconstruído; bien hecho, á nuestro juicio.

En una reciente y muy notable obra, *La Géologie*, Guède hace un estudio completo, de gran actualidad, sobre la distribución geográfica de los volcanes. Según el autor, lo que más llama la atención del observador que estudia esta distribución, es que la mayor parte de las bocas volcánicas activas se encuentran próximas al mar. La periferia de las depresiones que atraviesan la tierra, está jalonada de volcanes activos ó inertes. Estas depresiones son cuatro: tres meridianas (el Pacífico, el Atlántico y el océano indico), y una transversal (el Mediterráneo).

Si se parte de la Nueva Zelanda, donde los volcanes son numerosos, se encuentran las islas Viti, las Salomón y el archipiélago de la Sonda, constituyendo la región volcánica más notable del globo. De ello es prueba dolorosísima el inmenso desastre de Krahatoa, en 1883, en que perecieron 35.000 personas. Encuéntrase en esta región, añadiéndole las Molucas y las Filipinas, 49 volcanes activos y 60 apagados. Al Norte la cintura volcánica se continúa por las solfataras de Formosa y los innumerables volcanes del Japón, de los cuales 35 están en actividad. Allí se produjeron los desastres de Kamaichi, en 1895, y de Yedo, en 1703. El primero costó la vida á más de 50.000 personas; el segundo sostiene aún el triste *record* de la mortalidad con la cifra espantosa de 200.000 muertos. Puede también considerarse unida á esta región la de Husinen-Hao, al norte de Pekín, célebre por la hecatombe de 1731, donde perecieron más de 100.000 personas.

Vienen después los 16 volcanes activos de las islas Kouriles y los 33 del Kamtchatka, entre los cuales hay 12 activos.

El borde septentrional de la cintura volcánica está trazado por la continuación de las islas Aléoutiennes con 34 cráteres, entre ellos solo 10 activos, pero habiendo estado todos en erupción en los tiempos modernos.

La serie de los volcanes aleutianos conduce al cráter de Ounimak, en la punta extrema de la península de Alaska, donde se cuentan muchos conos en actividad.

El borde oriental del Pacífico principia en los cráteres extinguidos de la Colombia inglesa; siguen los menos importantes de California y de norte de Méjico, seguidos á su vez, por los grandes volcanes del sur de Méjico, célebres por las alturas de sus erupciones.

La América del Sur cuenta 50 volcanes, la mitad de ellos en actividad. Los más meridionales conducen hasta la Tierra de Fuego, y de allí algunas islas volcánicas condu-

cen al Ferror, volcán del círculo polar antártico, unido por algunos cráteres apagados al grupo neocelandés.

Esto demuestra que todos los volcanes de la cintura del Pacífico están alineados, unos sobre las cordilleras de los Andes, otros sobre cadenas de islas prolongadas, paralelos á dicha cordillera y que pueden ser considerados como la cima de una cordillera de montañas sumergidas en el fondo del mar.

\* \* \*

Si ahora pasamos el borde de la cintura atlántica, veremos que la costa occidental de este Océano ofrece también una serie de volcanes: Juan Mayen, Islandia, Azores, Canarias, Cabo Verde, Cameroun, Ascensión, Santa Elena y Tristán de Acuña, uniéndose al borde oriental del Pacífico.

\* \* \*

La depresión del océano Indico tiene como borde cierto número de volcanes apagados especialmente situados en el litoral oriental de Madagascar.

\* \* \*

Respecto de la depresión transversal mediterránea, véanse cráteres activos ó apagados en Italia, España, Auvernia, Archipiélago griego y el Cáucaso.

Recordemos la erupción del Etna, en 1693, que causó 100.000 víctimas; las del Schemacha, en el Cáucaso, que ocasionaron 80.000 en 1667, y 4.000 recientemente.

A las prolongaciones de esta depresión mediterránea se enlazan de una parte las Antillas, y de otra los volcanes apagados de la Indo-China, que se unen por Sumatra á los de Java y del Pacífico.

\* \* \*

Mr. Guède hace observar que no hay volcanes en la costa oriental del continente americano ni sobre las del NO. de Europa, que están rodeadas de fondos submarinos de escasa profundidad, cuando la cintura del Pacífico es el borde más abrupto de un gran pliegue de la superficie; de lo cual concluye que todos los volcanes están situados sobre el flanco más inclinado de los pliegues terrestres, jalonando en ellos las grandes líneas de dislocación que limitan bruscas depresiones.

Esta observación se corrobora por el estudio de los volcanes del Africa ecuatorial, situados sobre una línea socavada que separa la cuenca del Nilo de la del océano Indico; por la observación de los volcanes mejicanos, alineados sobre el borde de una fractura, y sobre todo por el estudio de los volcanes continentales del Asia, entre los cuales algunos que alcanzan 5.000 ó 6.000 metros de elevación, han sido descubiertos por el explorador francés Mr. Bonvalot.

TARRIDA DEL MÁRMOL

---

## *Crónicas de arte y de sociología*

---

### DESDE PARIS

---

*La música en Francia.—Galileo como precursor de la filosofía científica.—Enrique Ibsen y la crítica alemana.*

La música es una manifestación de arte que hace sentir la vida de una manera abstracta. Produce la impresión de que la esencia del universo se convierte en una melodía. Ella hace desaparecer del espíritu del hombre la noción del tiempo y del espacio. Su vir-

tud eminente reside quizá en que expresa el anhelo de lo infinito, que siente todo lo finito; lo cual afirma el encadenamiento biológico existente entre el Hombre y la Especie, para explicarlo de otro modo.

El francés, por lo general, no siente la música elevada. Su espíritu no se conmueve hondamente por ella, conservando siempre su autonomía y viviendo alerta. De ahí que no se abstraiga tampoco en la audición de una melodía alta, severa ó religiosa. No es dado á la sensación de lo infinito, á pesar de Baudelaire, ni gusta de meditar sobre lo eterno, ni de entregarse al sentimiento de lo sublime.

¿Será esto un defecto? Si consideramos á Francia desde el punto de vista intelectual, habremos de reconocer que sigue yendo á la cabeza de la civilización, aun cuando su cultura musical sea inferior á la de Berlín, Viena, Londres y hasta de la de Barcelona.

Casi todos los hombres de gran potencia cerebral han condenado la música, porque ésta ejerce en el espíritu la influencia de un narcótico, dejando alejados al pensamiento é impidiéndole volar libremente. Goethe menospreció á Beethoven, y no deja aquél de ser el poeta más grande de estos tiempos.

¿Qué progreso mental se observa en Alemania, desde que la música cunde tanto en ella? Sus literatos y pensadores actuales son de segunda ó tercera categoría. El filósofo visionario del Super-hombre cultivaba casi exclusivamente la paradoja, y se sabe ya lo poco intelectual que ésta es. Nietzsche vale más como espíritu crítico que como filósofo. Lo que de él place más aquí, es cierta dosis de escepticismo revolucionario que satura el fondo de sus escritos.

El francés gusta de la música sólo como entretenimiento. Quiere que el arte se sacrifique por la vida, haciéndola más agradable, y no la vida por el arte.

No pretendemos decir que en París no se den con frecuencia grandes conciertos, ni haya espíritus que se compenetren en la alta música. De fama merecida gozan las orquestas Lamoureux y Colonne. Ultimamente ha dirigido aquí conciertos el alemán Weingartner, llamado el dios de la batuta. Además, se ejecutan óperas de autores franceses, como Debussy, que es un joven compositor de gran talento y consistencia, como lo prueba la música que ha escrito últimamente para la obra *Peleás y Melisánola*, una de las más fuertes que se han estrenado desde Bizet, y que va por caminos nuevos. Caracteriza esta música gran delicadeza de emoción, que á ratos se hace intensa, habiéndose también inspirado el autor en ideas de alta filosofía humana.

Los buenos aficionados han podido impresionarse con las recientes audiciones de *El Crepúsculo de los dioses*, en que el genio titánico de Wagner ha vertido con profusión las mayores grandezas musicales. Se ha puesto también en escena y ejecutado la ópera *Tristán é Isolda*, que es el poema más angustioso que se ha escrito sobre el amor sexual.

\*  
\*\*

Con el título *La mente di Galileo Galilei*, publica el escritor italiano Grimaldi una obra que contribuye mucho á historiar las ideas del conspicuo sabio del Renacimiento. El comentador aludido quiere demostrar que el pensamiento filosófico de Galileo despertó desde su primera juventud, como se ve en la exposición que de él hace, con unidad perfecta, el *De motu gravium*. Con su filosofía natural, ejerce Galileo de precursor del espíritu científico de estos tiempos.

Ocupándose, pues, de la disposición de espíritu de Galileo, cuando empezaron sus especulaciones filosóficas, se fija Grimaldi en las corrientes que la determinaron é hicieron de él uno de los pensadores más consecuentes, puesto que sus ideas no evolucionaron y fueron siempre las mismas durante el curso de su vida.

Galileo fué, además, el propulsor fecundo de la revolución científica y filosófica que animó el espíritu del Renacimiento. Su espíritu anárquico, que es muy afín del de los tiempos actuales, se patentiza en una rebelión declarada contra toda autoridad individual en la ciencia, pues toda autoridad impide el progreso de las ideas. En este principio absolutista se apoyó, como se sabe, la escolástica.

Galileo trabajó siempre con ahínco para ensanchar el horizonte de la ciencia, que no ha de limitarse nunca, y ha de ser libre como el pensamiento. La verdad absoluta es una, y para alcanzarla, hay que pasar por las verdades relativas, que sólo tienen de ella un reflejo engañoso, debiendo ir emancipándose de éstas, á medida que se columbra el velo

del error que en buena parte las cubre. Las ideas nuevas tienen, pues, que destruir forzosamente las ideas viejas.

Para la realización de este propósito inició Galileo, por decirlo así, el método experimental y racional, que no se hace nunca esclavo de la ilusión en que se apoya á menudo la intuición. La concepción de Galileo reside en el atomismo mecánico, que tiene por fundamento las leyes del movimiento, que descubrió él mismo, y de que se aprovecharon luego Descartes y Bacon. De ese modo concibió Galileo el mundo de una manera matemática.

En las ideas metafísicas de Galileo se descubre la consecuencia, que domina hoy en el pensamiento, de que la filosofía no debe separarse de la ciencia, por formar parte una de otra, aprovechándose aquélla de los resultados ciertos de ésta.

\* \* \*

El crítico B. Litzmann ha publicado un libro titulado *Ibsens Dramen*. Se ocupa en él de la figura que el autor noruego desempeña en la historia literaria del siglo XIX, en el que ha ejercido una influencia análoga á la que tuvo Shakespeare en el siglo XVIII.

El Sr. Litzmann se ha retractado de sus antiguas opiniones, contrarias á Ibsen, por las que daba á entender lo peligrosa que era la difusión del drama ibseniano, pues podía éste corromper el carácter del teatro «nacional» de Alemania. Afortunadamente, Litzmann se ha librado ahora de su anterior *nacionalismo* crítico y hace justicia á Ibsen, dándole la importancia que merece, aunque nada nuevo emite sobre el espíritu que informa sus obras.

Más fructuoso es, en este sentido, el trabajo *Henrik Ibsen Studien*, que le consagra Leo Berg, defensor acérrimo del gran dramaturgo.

Con su libro se esfuerza el Sr. Berg en hacernos penetrar y saborear las últimas obras de Ibsen. Injusto es pensar, según este crítico, que Ibsen haya evolucionado del romanticismo al realismo y de éste al simbolismo. Si bien se notan influencias románticas en todas sus obras, no ha dejado nunca aquel autor de ser en ellas realista. No resulta Ibsen más simbolista que realista, sino que todos los días se vuelve más realista y á la vez simbolista. Describe la realidad con todo rigor, presentando en algunos aspectos de ella el símbolo de ideas generales ó teorías morales sobre la vida, de modo cada día más profundo. El drama ibseniano tiende siempre á la pintura de la vida, pero hace que en muchos atributos de ésta palpiten los grandes problemas de la humanidad actual.

Tras numerosos ensayos para conciliar ó combinar de distinto modo los procedimientos del realismo con los del simbolismo, Ibsen llega, en *Solness*, á una forma de arte que representa la síntesis perfecta de las tendencias antagónicas del drama, en que la realidad y la alegoría se funden por completo, y donde «todo cobra una significación simbólica, al par que una significación literaria».

J. PÉREZ JORBA.

París 6, Junio 1902.

## LA REVISTA BLANCA

El número correspondiente al 1.º de Julio saldrá ya reformado. Quitaremos las secciones, publicando los trabajos, sean de arte ó de sociología, por el orden de su valor científico, artístico y social, y no por la materia que traten, como veníamos haciendo hasta ahora.

LA REVISTA BLANCA, desde el quinto año ó tomo, que principiará el 1.º del próximo mes, publicará dibujos y caricaturas de carácter social y revolucionario. El papel será satinado de superior calidad, para que los grabados salgan bien. El precio no se altera.

Este número, en que termina el tomo, contiene el índice de los que van publicados, para facilitar su lectura. Hubiésemos querido publicar el índice en volumen aparte, pero nuestros medios no lo han permitido. De todas maneras, creemos que los lectores de LA REVISTA BLANCA preferirán tener el índice, aun perdiendo algunas páginas de lectura, á no tenerle.

De las caricaturas y dibujos se encargarán los mejores caricaturistas y dibujantes de España. Si en las revistas extranjeras se publica algún dibujo ó caricatura de tendencias sociales y revolucionarias, procuraremos reproducirlos, si llegan á nuestras manos; para este trabajo suplicamos que nos ayuden los compañeros que viven fuera de España.

Ambrosio Pérez y Compañía, impresores.—Madrid.